

LIBROS

Azaña: «La velada en Benicarló»

El 20 de mayo de 1937, al abrir su diario conocido como «Cuaderno de La Pobleta», Manuel Azaña consignaba su visión personal de la Cataluña revolucionaria: «Ahí no queda nada: Gobierno, partidos, autoridades, servicios públicos, fuerza armada; nada existe. Es asombroso que Barcelona se despierte cada mañana para ir cada cual a sus ocupaciones. La inercia. Nadie está obligado a nada, nadie quiere ni puede exigirle a otro su obligación. Histeria revolucionaria, que pasa de las palabras a los hechos para asesinar y robar; ineptitud de los gobernantes, inmoralidad, cobardía, ladrillos y pistoletazos de una sindical contra otra, engreimiento de advenedizos, insolencia de separatistas, deslealtad, disimulo, palabrería de fracasados, explotación de la guerra para enriquecerse, negativa a la organización de un ejército... Debajo de todo eso, la gente común, el vecindario pacífico, suspirando por un general que mande y se lleve la autonomía, el orden público, la FAI en el mismo escobazo». Tal es el pórtico de la descripción de «hechos de mayo», de los que el estruendo y las noticias llegan a la residencia del presidente de la República, privado incluso transitoriamente de abastecimientos. Por un momento, Azaña llega a pensar en un paso decisivo, que consistiría en asumir el poder de modo personal: es lo que cabe entender bajo la advertencia hecha a Prieto de que «tomaría yo bajo mi responsabilidad, alguna iniciativa, de consecuencias incalculables». Pero, por encima de las preocupa-



Azaña pasa revista a un escuadrón presidencial.

ciones políticas, Azaña no olvida dictar a la mecanógrafa el texto de *La velada en Benicarló*, el diálogo cuyo manuscrito ha concluido unas semanas antes y en el que condensa su visión de la guerra, es decir, la imagen de la destrucción que la misma ha supuesto para la nación española.

Ahora, después de treinta y siete años transcurridos a partir de la primera redacción, este «diálogo de la guerra de España» se publica en nuestro país, en una edición sumamente pulcra y cuidada de Manuel Aragón (1). El texto había circulado ya minoritariamente con anterioridad, en particular gracias a la edición de *Obras completas* del presidente, preparada para Oasis de México por Juan Marichal, en 1966. Pero los rasgos de esta edición crítica, la primera aparecida en España, subrayan el valor de la obra, por muchos motivos excepcional en el panorama del pensamiento español contemporáneo.

El análisis de la personalidad política e intelectual de Azaña constituye la aportación más considerable del

estudio preliminar de Manuel Aragón. Son notas muy precisas, que resumen el trabajo mucho más amplio de una tesis doctoral y centran notas suyas ya publicadas sobre el tema; recordemos su artículo en *Sistemas* y la comunicación al Coloquio de Pau en 1973. Aragón perfila las diversas características del proyecto reformador de Azaña, un liberal radical que veía en el Estado un resorte que impulsaría un cambio social, cuyo eje había de ser la transformación cultural. «Lo primero que se desprende de su obra —escribe el prologuista—, y que más puede llamar la atención por la constancia y reiteración con que es afirmado una y otra vez, es su continuo afán de «racionalización». Creemos que este hecho es fácilmente comprensible: muy propio del intelectual, pero más aun de un intelectual liberal-radical como Azaña, es la fe en la capacidad de la razón para ordenar la realidad. La existencia de leyes políticas racionales, y la posibilidad de que rijan por la sola fuerza de su propia entidad racional, es el hilo conductor que puede llevarnos a desentrañar el pensamiento de Azaña en lo que se refiere a las cuestiones políticas». Valoración sumamente precisa, como lo es la advertencia sobre el sen-

tido de la revolución liberal-democrática que defiende el político republicano. En estos apartados, y especialmente en el relativo a la reforma desde el poder y el Estado educador, el examen de Aragón representa a nuestro juicio, y en su brevedad, una introducción inmejorable al pensador abordado.

La única objeción, y creemos que de importancia de cara a situar *La velada en Benicarló*, reside en que el análisis se ciñe a los mecanismos de denotación, y sólo externamente pone en cuestión la validez del proyecto modernizador de Azaña, al que reiteradamente se hace referencia. Aragón ve bien este problema cuando alude al «sectarismo» de su autor: «Azaña, pues, intentará modelar la realidad política y social desde su particular planteamiento teórico, desde «su razón», teniendo muy poco en cuenta «las razones» del contexto...». Pero más adelante no desarrolla la perspectiva apuntada y se ciñe a la reconstrucción de las relaciones de coherencia entre los distintos puntos del pensamiento de Azaña. Incluso advierte que «criticar la obra de Azaña es muy fácil a posteriori», fundiendo a nuestro juicio equivocadamente dos niveles, como es la crítica de posibles adversarios políticos, del tipo

del socialista de Arquistain, con otro aspecto: la labor de difamación a que fue constantemente sometida la figura de Azaña desde las publicaciones contrarias a la República. Aunque también sería injusto insistir en esta línea crítica, dado que el propio Aragón advierte al lector en la última nota citada que su labor en esta presentación se limitó a «establecer la crítica de ese pensamiento desde sus propios postulados» y que su relación con el contexto político y social de la República habría de ocuparle en posteriores trabajos. Habrá, pues, que esperar al estudio anunciado como *Azaña y la II República*, de próxima aparición, para concretar la valoración anterior. En todo caso, hubiera sido más exacto hablar de análisis, y no de crítica, al definir el trabajo que comentamos.

El último apartado del estudio preliminar, «La guerra civil y *La velada en Benicarló*», tiene consecuentemente menor alcance que los que le preceden. Aragón apenas esboza la actitud de Azaña frente a la guerra, y no prolonga el análisis de su sistema conceptual en la línea de los capítulos anteriores. Hubiera sido útil contrastar las posiciones de *La velada* con las notas del precitado *Cuaderno de La Pobleta* para que el lector pudiera comprender la significación ideológica de aquel texto, los niveles de desgarramiento, lucidez e incompreensión que subyacen a la imagen que Azaña nos transmite de la guerra. Lo que una vez más nos devuelve a su posición en el contexto republicano. En una palabra, romper la aparente objetividad de quien con tanto acierto formal encubría el sistema de connotación de sus declaraciones políticas. Análisis que, por otra parte, en nada quebraría la apuntada calidad excepcional del testimonio, ni por supuesto sus valores literarios.

En sus giros concén-

tricos en torno a la figura de Azaña, Manuel Aragón nos va devolviendo los rasgos esenciales con lentitud y precisión. Podríamos pensar que la hora de la relación entre pensador y contexto a sonado ya. Entre tanto, contamos con un hito decisivo de lo que, a nuestro entender, el propio Azaña no hubiera desdenado calificar de «tiempo de destrucción» de una sociedad. ■ ANTONIO ELORZA.

La putrefacción de la pareja

John Updike es uno de los cronistas más exactos y minuciosos de la América anglosajona de nuestros días; pintor detallista de ambientes rurales o de pequeñas ciudades de provincias por donde se mueven personajes retratados al estilo hiperrealista. Nació en Shillington, Pensilvania, en 1932; asistió al Colegio de Harvard y la Escuela de Arte Ruskin, de Oxford. Trabajó en el «New Yorker» —revista que ha creado todo un estilo literario— de 1955 a 1957, y en 1964 ganó el National Book Award por su novela «The Centaur». Es un escritor elegante al tiempo que popular, tan alejado de cualquier tendencia vanguardista o experimental como de los «best-seller» en serie que se fabrican en su país. Se le podría incluir en ese grupo de escritores americanos situados entre la generación de los Capote, McCullers, etc., y la «beat generation», grupo amplísimo en el que entrarían también John D. Salinger y Saul Bellow, entre otros muchos.

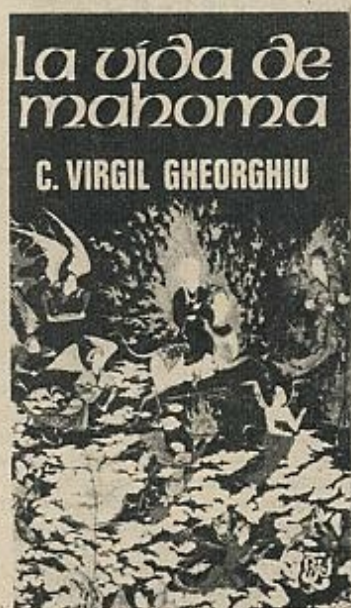
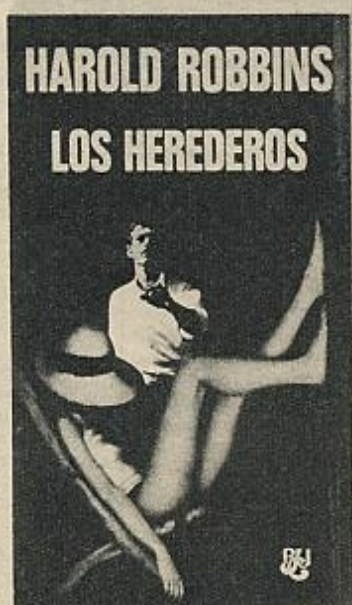
Su última novela aparecida en nuestro país, «Parejas» (1), puede considerarse, ante todo, como un estudio psico-sociológico del matrimonio americano, y un análisis de su progresiva descomposición, de su desvaloración, que es la descomposición y la

(1) «Parejas», de John Updike. Ediciones Júcar, Co. «Azaña», 1974.

Biblioteca Universal Caralt



Las mejores obras de los mejores autores



Luis de Caralt Editor S.A. / Distribuye: NORILDIS

desvaloración de la sociedad americana. Narra la historia de varios matrimonios jóvenes afincados en un pueblito cercano a Boston, Tarbox —«caja de betún», es la traducción aproximada de este nombre—, que se consideran a sí mismos la élite intelectual y social del pueblo; gentes normales, americanos típicos cuyas conversaciones —verdaderos compendios de lugares comunes que habremos leído mil veces en el «Reader's Digest»— bastan para definirlos con crudo realismo, que celebran reuniones sociales y cenas. Poco a poco se van creando relaciones ambiguas entre ellos, y se producen cambios de parejas en el interior del grupo.

Pero en ningún momento se da una relación clara y franca; sólo dominan el hastío, la vergüenza, el miedo y el sentimiento de culpabilidad. Nos hallamos lejos de las orgías para matrimonios en las que el cambio de parejas se produce con toda naturalidad; aquí un pesado corset de inhibiciones y prejuicios oprime a todos los personajes de manera asfixiante: cuando dos matrimonios se deciden a formalizar de algún modo su extraña situación, reconociéndola y aceptándola, son inmediatamente rechazados por todo el grupo; y cuando se produce un divorcio, el mismo rechazo social margina al hombre divorciado, no a la mujer.

La civilización americana, fundamentalmente cristiana, está basada en un absoluto y riguroso puritanismo, en un temor-fascinación por el sexo que ha marcado todas sus manifestaciones. Pero, a diferencia de la moral católica mediterránea, que es machista y considera a la mujer como «la puerta del infierno», incitadora al pecado y a la

corrupción, la moral puritana estadounidense es matriarcal: la mujer, en su doble función de madre y mantenedora del hogar, tiene todas las prerrogativas sociales, y el horror al sexo tiene su contrapartida en un exagerado respeto por la institución matrimonial, quizá la más sagrada de todas las que componen el «American way of life». Si falla el matrimonio —como sucede en «Parejas»— falla la sociedad entera; el sexo ha de ser regulado, canalizado, encorsetado dentro de una institución matriarcal; y el divorcio es uno de los peores pecados aunque esté muy extendido.

En «Parejas» pasan

se creen la élite y desprecian a los supervivientes del antiguo grupo de matrimonios. Estos nuevos personajes, a los que se hace una breve alusión al final de la novela, tienen nuevos informes, nuevas costumbres: sus ideas políticas son más avanzadas, y experimentan con drogas, pero en el fondo son iguales que los anteriores matrimonios...

Updike ha conseguido, gracias a su brillante estilo y a su metódica descripción de usos y costumbres, que sea imposible cualquier tipo de identificación, e incluso de simpatía por ninguno de los personajes que retrata. No hay verdaderos protagonis-



John Updike.

los años, y los matrimonios se agrietan hasta desmoronarse, víctimas de pequeños fracasos, de pequeñas frustraciones que llevan a la gran frustración. De igual modo, el pueblo se desmorona, la sociedad se desmorona: muere la última superviviente de la familia fundadora de la pequeña ciudad, se incendia su iglesia principal; en Dallas, asesinan a Kennedy... Todo va cambiando. Al pueblo llegan nuevos matrimonios, que también

tas: el protagonista es el matrimonio, el pueblo de Tarbox, la clase media americana... Aunque hay párrafos de un enorme lirismo, y el autor deja a veces la palabra a sus personajes durante muchas páginas, el distanciamiento es total. Esta obra maestra de la narración parece casi un documento científico, donde se estudia con cruda maestría la perversión del erotismo por el matrimonio, y el falseamiento de las relacio-

nes humanas en una sociedad puritana que se niega constantemente a sí misma. Sin relámpagos satíricos ni aullidos desesperanzados, con toda frialdad y desapasionamiento, se nos cuenta en «Parejas» la muerte de un mundo o su supervivencia entre sus propias cenizas. ■ EDUARDO HARO IBARS.

Lenin: Los primeros pasos de «Las completas»

Hace ya un año, Editorial Ayuso rompió el silencio sobre la obra de V. I. Lenin con la publicación de dos de sus trabajos fundamentales: «Escritos filosóficos» y «Materialismo y empiriocriticismo». Ambos, en las espléndidas y cuidadas versiones en castellano de Editorial Progreso, y, por tanto, incluyendo en ellos toda la serie de interesantes notas e índices que en dichas versiones se presentan.

En el primero de estos trabajos, a pesar de no haber sido concluido y de estar escrito únicamente para la utilización personal de su autor, se observa cómo V. I. Lenin plantea, en medio de un sinfín de notas y apreciaciones críticas sobre la «Lógica» de Hegel y otros escritos, una concepción profunda y sumamente enriquecida de la dialéctica, alejada del esquematismo de Kautsky y entendida como teoría de la unidad de los contrarios, así como otras cuestiones fundamentales del materialismo dialéctico. En el segundo, V. I. Lenin polemiza con fuerza y claridad con los defensores del empiriocriticismo o «machismo» (Ernest Mach era el representante más popular de esta corriente), que, unidos por su hostilidad al materialismo dialéctico, pretendían al

mismo tiempo hacerse pasar en filosofía por marxistas, predicando en nombre del marxismo algo increíblemente caótico, confuso y reaccionario».

Ahora, Editorial Ayuso —en colaboración con Akal— ha dado también los primeros pasos también en un proyecto ambicioso e interesante: la edición de las «Obras completas» de V. I. Lenin, de las que ya ha sacado a la luz pública los tomos I y III. Dos tomos primeros en versión también de Progreso, con un excelente estudio preliminar del profesor Juan Trias Vejarano, en los que se incluyen las siguientes obras: I) «Los nuevos cambios económicos en la vida campesina», «El llamado problema de los mercados», «Quiénes son los amigos del pueblo y cómo luchan contra los socialdemócratas», «El contenido económico del populismo»; III) «El desarrollo del capitalismo en Rusia».

Los cuatro trabajos incluidos en el primer tomo fueron escritos por V. I. Lenin entre 1893 y 1894; es decir, cuando aún no había cumplido los veinticinco años. No obstante, y tal como subraya Trias Vejarano en su estudio, en ellos se pueden apreciar ya muchos de los rasgos que caracterizarán su producción intelectual. De un lado están alentados por las exigencias de las praxis, como todas sus obras, incluso aquellas de contenido más teórico; de otro, poseen un fuerte contenido polémico, ya que V. I. Lenin, en éstos como en los restantes trabajos, irá definiendo sus posiciones en polémica con las distintas corrientes. Nota esta última que caracteriza buena parte de la obra de Marx y Engels.

En el caso concreto de las obras mencionadas, V. I. Lenin polemiza con el populismo,

cuyos antecedentes se remontan a Herzen, y que él ve como «la expresión de los puntos de vista e intereses de los pequeños productores independientes, confrontados con el desarrollo capitalista». Y en esta polémica dirige sus más contundentes críticas y argumentaciones contra los populistas legales, que, una vez abandonadas por el populismo las esperanzas revolucionarias —en crisis tras el fracaso de «La voluntad del pueblo», máxima manifestación del viejo populismo de los años ochenta—, apelaban al Estado zarista como realizador de sus postulados.

En este sentido, tanto en unas como en otras de estas obras de la década de 1890, desde «Los nuevos cambios económicos en la vida campesina» a «El desarrollo del capitalismo en Rusia» (ésta fue la primera obra de V. I. Lenin editada en una imprenta legal, aunque una vez impresa el Gobierno zarista prohibió primero su difusión y, finalmente, la confiscó y quemó), V. I. Lenin despliega su crítica a las principales tesis populistas, esto es: la contraposición de los dos sectores de la economía rusa y su explicación de la crisis y del desarrollo de uno y otro; la falta de porvenir del capitalismo en Rusia y la disponibilidad de la sociedad y del Estado rusos para emprender otro camino.

En una de ellas, concretamente, en «El contenido económico del populismo», V. I. Lenin apunta que la diferencia entre marxistas y populistas consiste en el carácter de la crítica del capital, en la diferente explicación que de él se da. Y esto resulta evidente en las obras citadas. En las cuatro primeras, V. I. Lenin se centra en el análisis de las haciendas campesinas encuadradas en la «obschina» y de los